

Sección Bibliográfica*

A cargo de Óscar Uribe Villegas, de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México

MAC-LEAN Y ESTENOS, Roberto: *La presencia del indio en América*. Biblioteca de Ensayos Sociológicos. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1958. pp. 276.

La presencia del indio en nuestras sociedades americanas —principalmente en Bolivia, en Guatemala, en Brasil, en Argentina, en Colombia, en Ecuador, en Venezuela, en Chile, en Costa Rica, en Paraguay, en Panamá, en E. U. de A., en Canadá— que Roberto Mac-Lean y Estenós estudia con un buen acopio de datos, en un intento de mostrar lo común y lo diferencial de la misma para todos y para cada uno de los países bajo la lente, no es una presencia pasiva... No se trata tan sólo del indio que está con nosotros —expresión a la que quizá, aunque no tanto como creemos ni como ellos mismos creen, podrían recurrir sobre todo los estadounidenses y canadienses—, sino también y muy principalmente del indio que está en nosotros —si este “nosotros” nos señala en cuanto individuos y en cuanto pueblos— y en el cual actúa —como producto sedimentario de nuestra historia psicoló-

gicosocial aún falta de esclarecimiento— el indio que estuvo con nosotros, si hemos de atender a las distinciones hechas por Pedro Antonio Cuadra en *Entre la Cruz y la Espada*.

Presencia no pasiva sino activa, o presencia potencialmente activa, es: cuanto, contame al decir de Émile Sicard, si bien “se dice que, en el caso de los países del antiguo imperio español, las ‘nacionalidades’ autóctonas han sido borradas por el mestizaje y que casi por doquier dichas ‘nacionalidades’ no son sino cosa de recuerdo (material etnográfico o dato museográfico), no parece que esto sea cierto, y la excelente obra de Roberto Mac-Lean y Estenós sobre la *Presencia del indio en América* bastaría para justificar tal interpretación”.¹

Y Mac-Lean y Estenós, desde los párrafos del prólogo que pone a su libro, se sitúa en la adecuada perspectiva sociológica al enfocar el problema de la

¹ Se nos disculpará el que por una vez infrinjamos la regla básica de la ética del escritor que veda aprovechar ideas que proceden de un inédito que, como en el caso del de Sicard, hemos podido conocer poco antes de su publicación. Sirvanos de disculpa el que no lo hemos utilizado en provecho propio sino para resaltar, con voz más autorizada que la nuestra, la labor realizada por el prestigioso investigador peruano cuya obra señalamos a la atención del lector.

presencia del indio en América en cuanto, colocándose en el presente y como observador contemporáneo, identificado empáticamente con lo observado, dirige, desde ese mismo presente, su vista tanto hacia el pasado como hacia el futuro, reconociendo desde su centramiento en lo sociológico las prolongaciones del tema en el sentido de la historia y de la política. En efecto, por una parte es "tiempo de que nos demos cuenta de que al lado nuestro, que hablamos castellano y vivimos dentro de la cultura 'occidental', existen millones de hombres que viven bajo signos culturales muy distintos" (sociología) "que hundan sus raíces en remotas épocas y que no pueden ser borrados de la historia, porque esto equivaldría a borrar la historia misma" (historia en función sociológica) y que, **simultáneamente**, "hay que convencernos de que, en los momentos actuales, la cultura occidental es sólo patrimonio de las minorías sociales que viven en las ciudades, que tienen las riendas del gobierno, que disponen de los destinos públicos, pero que no por eso dejan de ser minorías, mientras que, en el campo, se está gestando tal vez un nuevo mensaje, una nueva actitud humana, una nueva forma de vida colectiva. Porque en el campo está la reserva de esa población ahora subyacente, incomprendida y explotada, que ha de adquirir un día conciencia de su valor y fuerza y reclamar en la reestructuración social la ubicación de la que otrora fuera despojada, que ahora se le niega, y a la que tiene derecho" (proyección política de la sociología).

Nos parece que el enfoque de MacLean en este sentido tiene una gran importancia, porque de nuevo *no* nos presenta a una sociedad cortada de sus raíces, sino unida en ellas, y, al través de ellas, a la tierra nutricia —respondiendo por ello a la prescripción de ser genética tanto como es descriptiva, explicativa,

comprensiva, la sociología que trata de estudiarla—. Porque, asimismo, muestra la forma en que (como han querido mostrarlo nuestros esquemas para la comprensión de la dinámica social)² la proyección política se nutre precisamente de la tradición histórica que ha nutrido —en el movimiento dialéctico correspondiente— a la ideología o a la economía, a la educación o a la planificación, según haya sido el sentido y el eje de los giros correspondientes. Porque parece poner de manifiesto que, conforme una interpretación cíclica de la historia mexicana —que hemos oído exponer a Manuel Germán Parra, —bien pudiera ser que cada cincuenta años —más o menos— se produjese en México un movimiento revolucionario o pararevolucionario y que, si bien no hubiesen sido siempre los indios los que se "enojaran cada cincuenta años", fuese verdad en cambio que, conforme pareció ponerse de relieve en el Congreso de Sociología consagrado a la Revolución Mexicana, en cada uno de los movimientos revolucionarios históricos de México fueran haciendo irrupción los diversos estratos sociales —los grupos aristocratizantes, las capas burguesas, las clases medias en su forma menos equívoca, el proletariado— y, con ellos, y considerando las correlaciones no perfectas, pero sí altas entre clase social o estrato social y grupo étnico cultural (tratados en diferentes ocasiones por Lucio Mendieta y Núñez y por René Saint-Louis), los diferentes grupos étnicos de México: los criollos en la Independencia, los mestizos en la Reforma, los indios (pero sobre todo ciertos indios puestos en contacto más directo con los patrones culturales de grupos no indios) en la Revolución de 1910. Camino recorrido por México ¿que es previsible recorran otros países latinoamericanos?

² Véase *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. XXI, Núm. 1, pp. 351-64.

¿que, previsiblemente, no recorrerán ni E. U. de A. ni Canadá? Sí; porque quizá en el hecho de que si bien ambos pueden hablar de un indio que está con nosotros no pueden hablar de un indio que esté en nosotros o de uno *que estuvo* con nosotros; porque quizá el rasgo diferencial de la dialéctica sociológica de la América Latina y de la América Sajona estriba precisamente en que mientras la dialéctica de las sociedades angloamericanas está determinada por una tesis geográfica, por una antítesis civilizadora, la dialéctica de las sociedades latinoamericanas dependa de una tesis cultural y de una antítesis cultural también, y, por ello, hable la síntesis resultante de la primera más de la materia que del espíritu, mientras la síntesis de la segunda se refiere más al espíritu que a la materia; sea la primera predominantemente técnica, en tanto la segunda es predominantemente política, aun cuando —resultado ineludible de la conquista y colonización— no haya podido llegar a ser verdaderamente política en el sentido de no manejar ya técnicas de dominio, sino técnicas incorporativas, respetuosas, de las peculiaridades étnicosociales de los grupos y orientadas en el sentido de finalidades comunes a todos los miembros de las sociedades a que pertenecen

La presencia del indio en América es enfocada, por tanto, por Roberto Mac-Lean y Estenós, *como potencialmente activa*; como un factor que ha de considerar la sociología genética de nuestro continente; como un factor cuya intervención debe prever y tratar de utilizarse en favor del indio, tratando de hacer que disfrute de comodidades y derechos que hasta ahora parecen reservados en buena parte a esas minorías urbanas de cultura "occidental", detentadoras del poder en nuestros países, pero que, asimismo, debe orientarse en favor de la sociedad total que trata de conformar jurídicopolíticamente, evitando que el

acceso del indio a comodidades y derechos atente contra la integridad, en proceso de realización, de una nacionalidad más amplia que la que puede abarcar al simple lugar, al simple cantón, al simple *habitat* (amorfo carente de límite preciso en lo jurídicopolítico) del grupo étnico. De una nacionalidad que unificando en sí misma las diversidades que contiene pueda aspirar a constituir vínculos sociojurídicopolíticos con los demás países que ha unificado —superando la diversidad inicial— una común conquista, una colonización regida por normas análogas, unas reacciones parecidas facilitadas por unos mismos acontecimientos históricosociales producidos en la común metrópoli, una paralela lucha emancipadora, unos mismos problemas sociales, una lucha parecida para perfeccionar su independencia (haciéndola plena en lo económico, en lo social, en lo cultural), una común participación en el sueño de sus visionarios que ha ido perfilándose más claramente en la Historia, que es ya una entelequia que se realiza y que guía la vida de nuestras comunidades americanas.

Dispersos los grupos étnicos del territorio americano, fue la lucha independentista respecto de unos conquistadores lo que en el fondo —más que la Conquista misma, como algunos pretenden— nos unificó dándonos, al través de nuestros próceres, la idea de un destino común. Desatender a nuestros indios, no tratar de hacerles participar de esa idea de comunidad de destino, es atentar contra la unidad de principio que nos dieron nuestros movimientos independentistas, condenándonos a no verlos plenamente realizados. No considerar dentro de la política de nuestros pueblos, en los términos indicados, esa presencia del indio en América —especialmente en Latinoamérica— es condenarnos a volver a la atomización, es hacernos vulnerables a una nueva Conquista. ...